



El Mercurio, Sáb. 4-VI-88. P. E 17

El Escritor

1944

ed. 6076

"De Desnuda que Está Brilla la Estrella"

Por Jacqueline Balcells



HAY una mujer casada hace más de veinte años con un poeta. Tienen tres hijas, dos todavía menores. Ella se puso un día a escribir cuentos para niños y desde que comenzó a publicarlos los firmó con el apellido del marido. Tíos y tías y más de alguna amiga feminista se ofuscaron con la mujer por esto. "¿Cómo? —le dijeron— ¿reniegas de tu familia?", "¿Enajenas tu persona?", "¿Qué dirían tus padres si aún vivieran!", "¿Le haces juego al machismo que nos aplasta!". Y como ella siguiera publicando y firmando con su nombre de casada, algunos de sus parientes dejaron de verla y algunas de sus conocidas le quitaron el saludo. Cosa que le dolió harto.

Yo, que de todas sus amigas soy al mismo tiempo la mejor y la peor, la que más la acompaña y la que más le falta, quise un día llegar al fondo de este asunto tragicómico e invitándola a pasearnos por el borde del río, la interrogué sin rodeos. Durante un rato, ella repitió el motivo que siempre daba: que había publicado por primera vez sus cuentos en un país lejano en el que las mujeres casadas pasaban por ley a tener el apellido del esposo, y que luego, al volver al nuestro, los editores locales no habían querido publicarla con otro nombre que el ya literariamente conocido.

Pero ese día yo no estaba dispuesta a aceptarle este argumento que me parecía circunstancial y débil. Presentía, por lo demás, que mi amiga guardaba en el fondo de su corazón un secreto, un secreto cuyo único indicio visible era este cambio en su nombre (cambio a fin de cuentas banal) y quería a toda costa que me lo revelara. Así, insistí e insistí, hasta que ella, olvidándose de pedirme que lo guardara para mí (y por eso ahora lo cuento), sonrojada, pero con una voz clara y firme, me lo dio a conocer con estas palabras:

"Junto con mi matrimonio —me dijo— entró en mi vida la poesía. Hasta entonces ésta no había sido para mí más que latas del colegio, títulos en repisas ajenas y un Nobel patrio que uno podía sacar a relucir contra prepotentes oriundos de algún país limítrofe. Y nada más. Pero me casé y mi casa se llenó de poetas. Día y noche, invierno y verano, los oí hablar de poesía, los despedí cuando partían a las aventuras de la poesía, los recibí cuando volvían de ellas. Mi casa cambió varias veces de dirección, fueron naciendo mis hijas, pasaron los años, pero lo que no cambió ni pasó fue la presencia de la poesía. Así, yo llegué a tener con ella una relación de amor y de odio como la que puede tener una ama de casa con un huésped que es íntimo y es extraño, que está y no está, que es imprescindible y sobra, que alegra y que aburre, que es gracia y tiranía a la vez. Dicho más sucintamente, yo amaba a los poetas y odiaba a la poesía.

Mis hijas comenzaron a crecer y aunque habían nacido oyendo versos, viendo hacer máscaras y disfraces y asistiendo a actos poéticos en plazas y caminos, también para ellas la poesía se convirtió en algo extraño, en la causa inexplicable de que su casa y su vida fueran distintas a las otras que iban conociendo, a las de primos, a las de compañeros de clases, a las amistades de barrio, etc. Entonces comenzaron a interrogarme, a reclamar, a reclutar a su favor abuelos y tíos, a balbucear sus ansias de ser iguales en todo a todo el mundo. Yo estaba y no estaba de su parte. Me vi entre dos fuegos: los poetas y los niños son en el fondo dos razas enemigas, digan lo que digan los textos. Los poetas son falsos niños, y los niños falsos poetas. Y ambos, grandes egoístas. Mi casa entonces se opacó, se agrió, se entristeció. Pero un buen día en que yo estaba escuchándoles en mi dormitorio a mis hijas sus perplejidades y quejas de siempre, me sorprendí inventándoles un cuento a partir de un verso que todas habíamos oído a los poetas en más de una ocasión. 'De desnuda que está brilla la estrella', decía el verso: 'Y las sorprendí entretenidas! ¡Y no sólo entretenidas, sino con algo así como con un raptó de admiración por esas siete escasas palabras de las cuales yo había sacado ante sus ojos, como un mago, las peripetias y el desenlace de mi cuento! Creo que esa fue la primera vez, tanto para ellas como para mí, que la poesía nos regaló su maravilla sin sombra. Escribí más tarde ese cuento y luego otro y otros, partiendo siempre de una imagen de la poesía, y fue como si con ellos mi casa hubiera hallado un campo de paz. ¿Comprendes ahora por qué —concluyó preguntándome mi amiga— para firmar lo que publico yo uso el nombre de esa casa que gracias a los cuentos salvé, el nombre con que llegué a la poesía que me los dio?'

Yo la acompañé de vuelta a su casa, en la que reinaba un gran silencio. Y luego me fui pensando en ella, pensando en qué va a ser de mi pobre amiga en tres o cuatro años, cuando la menor de sus hijas ya no quiera oír de hadas y reinos, sino de amores y angustias, recurra directamente a los poetas y la mire condescendiente.

"De desnuda que está brilla la estrella" [artículo] Jacqueline Balcells.

Libros y documentos

AUTORÍA

Balcells, Jacqueline, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"De desnuda que está brilla la estrella" [artículo] Jacqueline Balcells. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile